

Recordando a Rosario Castellanos: *Ciudad Real* entre la denuncia y la reivindicación

■ ■ ■ Éder Élber Fabián Pérez*

Se cumplen cien años del nacimiento de la narradora, poeta, crítica, ensayista y dramaturga Rosario Castellanos. Esta conmemoración ofrece una oportunidad crucial para reexaminar su obra con un doble propósito. Primeramente, para reiterar su importancia dentro del panorama hispanoamericano de la literatura. En segunda instancia, para generar nuevos acercamientos críticos en torno a su obra, con los cuales se permita enriquecer la comprensión de su legado literario. Partiendo de lo anterior, tenemos lo que la crítica en general ha destacado como las dos temáticas fundamentales en la escritura de Castellanos. La primera de ellas es la preocupación por las injusticias que vivían día tras día las mujeres; la segunda, la desigualdad entre las clases sociales, específicamente entre la comunidad indígena y la raza blanca. Ambas problemáticas hicieron que Castellanos levantara la voz y expresara su sentir mediante los diversos géneros literarios que ejercitó. Es por medio de ellos que la escritora, a decir de Eugenia Revueltas, “rescató todo un vasto mundo de experiencias evocadas y metamorfoseadas por la memoria y la palabra” (1985, pp. 517–518).

Mi propósito en las siguientes líneas es analizar algunos de los cuentos que integran *Ciudad Real* (1960), pues en ellos además de presentar temáticamente las enajenaciones y dificultades en que viven las comunidades indígenas, poseen elementos característicos que los proveen tanto de una innovación en lo que respecta al cuento clásico, como de una irrupción en la tradición de la narrativa indigenista mexicana.

Un breve acercamiento a la vida de Rosario Castellanos

Rosario Alicia Castellanos Figueroa nació un 25 de mayo de 1925 en la Ciudad de México. De padres humildes, fue concebida tras tres intentos malogrados de maternidad. Un acontecimiento que tuvo repercusiones en la escritora fue la temprana muerte de su hermano Mario Benjamín, víctima de apendicitis. Este suceso la llevó a explorar de forma constante el tema de la pérdida y la muerte, una pregunta fundamental a la que buscó múltiples respuestas a lo largo de su existencia.

A los quince años de edad publicó algunos de sus poemas iniciales en el periódico de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. En su juventud, Castellanos, regresaría a la capital del país con el objetivo de estudiar filosofía en la Universidad Nacional Autónoma de México y, posteriormente, continuó sus estudios de posgrado en la Universidad de Madrid en España. Durante varios años colaboró en el Instituto de Ciencias y Artes y en el Centro Coordinador del Instituto Indigenista en San Cristóbal de las Casas en Chiapas. El año de 1948 marcó un punto de inflexión en la vida de la escritora, pues morirían sus padres en el mes de septiembre; sin embargo, dentro de este año trágico, Castellanos obtendría la noticia de que se publicarían sus primeros libros de poesía: *Trayectoria del polvo y Apuntes para una declaración de fe*.

En el periodo que va de 1954 a 1955, Rosario conseguiría ser becaria en el Centro Mexicano de Escritores. Para 1958, Castellanos contraería matrimonio, aunque se divorciaría trece años después. Durante esta época, además de publicar algunas de sus obras narrativas más importantes, como lo son *Balún Canán*, *Ciudad Real* y *Oficio de tinieblas*, ejerció un trabajo ensayístico sumamente destacable, que abarca tanto cuestiones de índole literarias como preocupaciones sociales y de diverso tipo. No menos importante sería su faceta como poeta, de la

* Licenciado en Letras Hispánicas por parte de la Universidad Autónoma Metropolitana - Iztapalapa. Especialista en Literatura Mexicana del siglo XX y XXI, por parte de la Universidad Autónoma Metropolitana – Azcapotzalco. Actualmente cursa la maestría en Filología Medieval, Aurea e Hispanoamericana de los siglos XVI al XVIII.



Foto: IISUE/AHUANAM/Colección Ricardo Salazar Ahumada/Rosario Castellanos/RSA – 1476

cual, si bien ya había dejado obras notables, daría continuidad a sus preocupaciones por medio de obras que muestran un sentimiento de dramatismo, donde convergen la reflexión, la crítica, la ironía, entre otros aspectos más. Prueba de lo antes citado son los poemarios: *De la vigilia estéril*, *Dos poemas*, *Presentación en el templo*, *El rescate del mundo*, *Al pie de la letra*, *Lívida luz*, *Materia memorable* y *Poesía no eres tú*.

Lamentablemente Rosario Castellanos moriría un siete de agosto de 1974 en Tel Aviv Israel, a los cuarenta y nueve años de edad, víctima de una descarga eléctrica de una lámpara que trataba de conectar. Durante el acto funerario, Elena Poniatowska, dio cuenta de una hermosa anécdota:

Frente a la fosa, Alcira, el rostro empapado, repartía hojas mimeografiadas con poemas de Rosario, las tendía como sudarios. Allí estaban Gabriel su hijo, Ricardo, Emilio Carballido, Raúl Ortiz, Dolores Castro, María

del Carmen Millán, Agustín Yáñez y, entre los funcionarios gubernamentales, Gonzalo Aguirre Beltrán, quien dijo que en medio del aguacero deberíamos ser capaces de oír la risa de Rosario. (Palley, 1985, pp. 7-8)

La narrativa indígena en México

Se ha argumentado que, a lo largo de la tradición literaria mexicana, no ha existido una preocupación por el tema de indio sino hasta la llegada de un grupo de nuevos escritores, como lo ha señalado José Luis Martínez: “El indigenismo, no ha llegado a ser nunca una corriente dominante, como lo fue el colonialismo; pero a partir de 1922 y hasta nuestros días es visible una línea ininterrumpida” (2001, p. 65). Esta perspectiva subraya que las obras de narradores como Andrés Henestrosa, Antonio Mediz Bolio, Héctor Pérez Martínez, Ermilo Abreu Gómez, Francisco Monterde y Agustín Yáñez, iniciaron una labor no sólo por destacar la figura del

indígena; también, por presentar las aportaciones culturales, sociales, históricas y de distinta índole que manifestaban dichas comunidades.

Los inconvenientes que se presentaron al momento de analizar la mayoría de estas obras fueron principalmente dos. En primer lugar, la manifestación de una tendencia marcadamente nacionalista, que en palabras de Martínez era: “adicta a nuestro pasado prehispánico” (2001, p. 65). El segundo problema surgió cuando se intentó romantizar y dramatizar la vida de este sector, y es que en pocas ocasiones se ha conseguido lograr algo artísticamente aceptable, tanto por el uso de los recursos literarios apropiados, como por la forma en retratar las verdaderas condiciones en que viven los indígenas; sin embargo, más allá de estas problemáticas, este primer momento de la literatura indigenista sentó las bases para “la valoración y comprensión de unos orígenes cuya riqueza se nos hace cada vez más patente” (Martínez, 2001, p. 65).

Una segunda generación de narradores tuvo una preocupación mayor tanto por el estilo como por el tema; a estos escritores se les ha agrupado bajo el título de “narradores del ciclo de Chiapas”. Dentro de esta nómina encontramos a Ricardo Pozas con *Juan Pérez Jolote* (1948), Ramón Rubín con *El callado dolor de los Tzotziles* (1949), Carlo Antonio Castro con *Los hombres verdaderos* (1959), Eraclio Zepeda con *Benzulul* (1959), María Lombardo de Caso con *La culebra tapó el río* (1962) y Rosario Castellanos con *Balún Canán* (1957), *Ciudad real* (1960) y *Oficio de tinieblas* (1962). Dichos escritores, según ha indicado Josep Sommers, escogieron un punto de inicio muy distinto que el de sus antecesores: “el indio mismo en su propio contexto cultural” (1981, p. 126).

Por medio de dichas obras los autores lograron plasmar la realidad de los indígenas, su contexto cultural y sus verdaderas personalidades, permitiéndoles entrever cierta denuncia social, sobre todo en la manera en que los personajes principales han sido sometidos a diferentes situaciones de violencia y de enajenación. Además de los elementos señalados, existen otros que se hacen mayormente evidentes como lo son: temáticas de constante angustia, ásperas circunstancias físicas y sociales, la importancia que tienen conceptos de índole mágico-sobrenaturales, la psicología del indígena y las creencias de la comunidad. Por lo anterior, se destaca que este grupo irrumpió en el canon de

la literatura mexicana dejando como legado una narrativa comprometida con los sectores menos favorecidos.

La pasión por el mundo indígena en la obra de Rosario Castellanos

El caso de Rosario Castellanos es particular, ya que ella sería mejor que nadie, quien captaría: “la visión trágica del problema indígena” (Monsiváis, 2011, p. 78). Esto en gran medida le fue posible debido a diversos factores. Primeramente, por pasar su niñez en Comitán, Chiapas, lo cual la pudo proveer de una mirada de ternura y de amor por los habitantes de dicho sitio. Otro factor para considerar fue su labor como coordinadora del Instituto Nacional Indigenista en Chiapas; este trabajo no sólo le brindó una vista panorámica de la situación del indígena, también, la llevó a sentir como suyas las enajenaciones que vivía esta comunidad. Por último, pero no por ello menos importante, debemos destacar su labor de redactora de guiones para el Teatro Guiñol “Petul”, donde sus obras fueron: “utilizadas como llaves introductorias para la civilización moderna, con la cual se busca compenetrar al indígena” (Schwartz, 1984, p. 84).

Una de las primeras obras que nos brinda una visión colindante entre la denuncia social y el apunte crítico es *Balún Canán* (1957). En esta novela la escritora plasma algunos pasajes de su niñez a lado de su nana Rufina, según Schwartz: “Fue esta mujer indígena quien despertó su amor, admiración y respeto por la raza sojuzgada. Rufina la acercó al universo de mitos y leyendas que serían elementos claves de su posterior producción literaria” (1984, p.15). Tres años después publicará una serie de narraciones reunidas bajo el título de *Ciudad Real*, finalizando este ciclo con la novela *Oficio de tinieblas* (1962). Acerca de estas dos novelas, los investigadores han destacado la manera en que la escritora aborda diversas problemáticas de índole social:

Los conflictos sociales presentados en forma de binomios como indio – blanco; oprimido – opresor, mujer – hombre. Tras la trama que relaciona los conceptos de clase, raza y sexo y denuncia del racismo... Rosario Castellanos descubre un mundo de magia y mito antiguos. La palabra va más allá de la antropología social; es poética, forma con singularidad a

sus personajes y devela realidades invisibles. (Albourek, 1998, p. 77)

Antes de abordar el tema indigenista en el género narrativo, me parece necesario realizar un breve preámbulo. Es crucial destacar que Rosario Castellanos exploró esta problemática en otros géneros, como la poesía y el ensayo, esto con el objetivo de manifestar sus opiniones en torno al tema indigenista. Un ejemplo claro de esto es el poemario *El rescate del mundo*, publicado en 1952 a cargo del departamento de Prensa y Turismo de Chiapas, en dicha obra la escritora reflexiona sobre la vida del indígena en distintos aspectos. En el poema que lleva por título "La oración del indio" Rosario nos muestra, a través de la voz lírica, un grito de reclamo y furia; pero a la vez de dolor, donde el indio manifiesta su sentir ante una vida de infelicidad:

El indio sube al templo tambaleándose,
Ebrio de sus sollozos como de un alcohol
fuerte.
Se para frente a Dios a exprimir su miseria
Y grita con un grito de animal acosado
Y golpea entre sus puños su cabeza.
El borbotón de sangre que sale por su boca
Deja su cuerpo quieto.
Se tiende, se abandona, duerme en el mismo
suelo
Con la juncia y respira
El aire de la cera y del incienso. (Castellanos,
1998, p. 76)

Si bien es cierto que, en estos versos no existe una evidente denuncia o algunas de las características señaladas más atrás; lo que sí llega a presentarse es: "una pronunciación enfáticamente a favor de los indígenas" (Huttinger, 2015, p.88). Para 1966 Rosario Castellanos publicaría *Juicios sumarios*, una miscelánea de ensayos y críticas sobre la literatura nacional e internacional. De los diversos escritos sobresalen por lo menos tres que abordan el tema del indígena en la literatura y en la vida diaria; en esta ocasión solo hemos de resaltar dos notas donde se destaca a este personaje dentro de la literatura mexicana. El primer comentario se encuentra en "La novela mexicana contemporánea" y lo destacable de este escrito es que, además de hacer un análisis pormenorizado de las obras del periodo postrevolucionario, Castellanos añade a este ciclo la novela indigenista remarcando su posición ante la visión tradicionalista del indio:

Especialmente esa búsqueda de nuestro ser propio y de nuestra propia fisonomía nacional. Acaso lo primero que hay que hacer es el reconocimiento y la valoración de nuestros antecedentes indígenas. Hay que rechazar todos los clichés heredados acerca del indio y su «dignidad en la humillación» y su «impasibilidad ante la desgracia» para encontrarlo, no como un ser exótico sino como un ser humano, capaz de odios, de generosidades, de rencores, de ternura, de rebeldía. (Castellanos, 1998, p. 520 – 521)

Este argumento bastaría para sostener que, Castellanos, construye su obra narrativa desde una visión mucho más humana y fraterna, donde no sólo da cuenta de los elementos positivos del indígena; también, los polos negativos, pues sólo de esta forma la escritora terminaría con esa visión exótica que se tenía del indígena, consiguiendo integrarlo como un miembro esencial de la comunidad. Otra cuestión que deseo resaltar del ensayo anterior es que, para Rosario Castellanos, son tres los escritores quienes marcaron ese cambio de perspectiva literaria: Ermilo Abreu Gómez con *La conjura de Xinum*, Ricardo Pozas por medio de *Juan Pérez Jolote* y Carlos Antonio Castro con *Los hombres verdaderos*.

El segundo escrito que vale la pena resaltar es "La novela mexicana y su valor testimonial", donde Castellanos vuelve hacer énfasis en el tema del indio en la novelística mexicana. En este escrito la escritora se explaya un poco más, esto con el propósito de manifestarse contra la visión tradicional que algunos escritores han proyectado en la figura del indio. También este escrito le permite a Rosario Castellanos matizar su postura anterior y esta vez sólo proponer la novela de Ricardo Pozas, como el punto de partida que sirve tanto de base para la tradición y la ruptura de la novela indígena:

Tuvo que venir un antropólogo, Ricardo Pozas, y redactar, con sus propios métodos de investigación y de trabajo, la biografía de un tzotzil, de un habitante de la zona fría de Chiapas, de Juan Pérez Jolote. En estas páginas se lograban dos aciertos muy valiosos: la objetividad del tratamiento y la individualidad del personaje. ¿Indio? Sí. ¿Extraño para nosotros? Sí. Pero, en última instancia, en lo esencial, un hombre como cualquier otro. En algunos momentos privilegiados, una persona



Guadalupe Rivera Marín entrega a Rosario Castellanos el pergamo que la acredita como “La mujer del año”. México, 3 de marzo de 1968. Archivo Gráfico de *El Nacional*, Fondo Personales, sobre: 00434 (003). SECRETARÍA DE CULTURA.INEHRM.FOTOTECA.MX.

como la que, a veces, llegamos a ser. Y, en el instante de la decisión, un mexicano. A partir de entonces la novela indigenista rompió sus viejos moldes. (Castellanos, 1998, p. 530)

Es importante destacar dos argumentos más. El primero es su reiteración del indígena como un ser que ama y odia, que puede ser tanto bueno como malo; es decir, un ser humano cualquiera:

A primera vista se tiene la impresión de que el papel de víctima corresponde al indio y el de verdugo al otro. Pero las relaciones humanas nunca son tan esquemáticas y las sociales lo son aún menos. Las máscaras se cambian a veces, los papeles se truecan. La espada de la injusticia, dice Simone Weil, es una espada de dos puntas y hiere tanto al que la empuña como al que se encuentra en el extremo contrario. (Castellanos, 1998, p. 530)

El segundo argumento es el momento en que Rosario Castellanos reitera el cuidado (en lo que respecta al estilo), que deberán tener los autores cuando se atrevan a escribir sobre el tema del indigenismo:

Por otra parte, el tema, concebido ya de una nueva manera que podría llamarse dialéctica, no exime al autor (como lo había hecho antes) del cuidado del estilo. Es precisamente por medio del estilo como van a manifestarse situaciones que son excepcionales, pensamientos y conductas con los que aún no nos hemos familiarizado. (Castellanos, 1998, p. 530)

Aspectos para tomar en cuenta en los relatos de *Ciudad Real*

Ciudad Real (1960) es la segunda obra de Rosario Castellanos en ser publicada, la cual, por palabras de la propia autora sabemos que escribe a la par de *Oficio de Tinieblas*. Por *Ciudad Real*, Castellanos se haría acreedora del Premio Xavier Villaurrutia un año después de su publicación. Un dato por de más llamativo es que esta obra se gesta en el regreso de la narradora a Chiapas, asentándose en Ciudad Real.¹ Otro dato igual de importante lo suministra la investigadora Luzma Becerra al señalar que las historias que conforman el libro tienen su base en referencias directas: “La realidad documentada por los antropólogos del Instituto es material creativo para su ficción” (Zamudio, 2006, p. 74).

Son diez las narraciones que integran dicho libro y que en palabras de Castellanos nos muestran: “el lugar de lucha en el que uno está comprometido. En esos lugares la lucha ha llegado a extremos desgarradores de la brutalidad” (Zamudio, 2006, p.74). Precisamente esa palabra “brutalidad” será un *leitmotiv* a tener en cuenta en todas las narraciones; pues este elemento se presenta de formas distintas; por ejemplo, por medio de la brutalidad de unos hombres que sacan de sus tierras a los indígenas como sucede en el primer cuento “La muerte del tigre”, o por la brutalidad de un asesinato a manos de todo un pueblo como en “La tregua”; o bien, por la brutalidad que ejercen los que más poder tienen, convirtiendo a la víctima en victimaria como en “Modesta Gómez”, tan solo por citar algunos casos.

Una temática más a tomar en consideración es la difícil relación entre los ladinos y los indígenas, ya que de estos encuentros se hará visible la dicotomía entre la barbarie y la civilización, donde claramente el primer concepto apunta hacia la comunidad indígena y el segundo plano hacia los ladinos (como se podrá vislumbrar, en más de una historia este orden se invierte). La visión principal que tiene Castellanos acerca de la barbarie se inscribe sobre todo en la raza blanca, según nos ha hecho ver Calderón: “La autora penetra en el carácter de los indígenas, habla de la explotación de la cual son víctimas por parte de los caxlanes [los extraños]” (2019, p. 154). A esta opinión debe de sumarse la de María Rosa Fiscal quien ha destacado como:

1 Este fue el nombre de San Cristóbal de las Casas en la época de la Colonia.

La prosa de los relatos de *Ciudad real* (1960) se inserta definitivamente dentro de esta faceta social y alcanza a poner de relieve los elementos que constituyen uno de los sectores de la realidad nacional mexicana: aquél en el que conviven los descendientes de los indígenas vencidos por los descendientes de los conquistadores europeos. (1980, p. 82)

Por último, vale la pena citar la visión de Perla Schwartz quien mejor que nadie remarcó, no solo la importancia que tiene este libro de cuentos para entender la lucha por la transformación de la vida del indio; también, la investigadora reitera la intensidad temática que rige en toda la obra: “Son diez cuentos que retratan situaciones insostenibles de injusticia social, mismas que carecen de una ubicación precisa en el tiempo y en el espacio” (Schwartz, 1984, p. 93).

“La muerte del tigre”

La primera narración que abre el libro es “La muerte del tigre”, título que sugiere una interpretación simbólica y trágica si pensamos en la figura mítica, imponente y feroz que posee el tigre; misma que se verá disminuida por parte del cazador o cazadores. Visto así tendríamos que el tigre, simbólicamente, representa la comunidad indígena de Bolometic y los cazadores serían los hombres blancos. Gracias al título podremos ir adelantando que a dicha comunidad se le verá mermada en fuerzas, llegando a sucederle distintas tragedias. Una de ellas es cuando los indígenas se ven sometidos y desterrados de su tierra, presentándose de este modo una de las características propuestas por Mario Calderón en lo que respecta al cuento indigenista: “Se desarrollan como temas, o ideas eje, el conocimiento de la personalidad enigmática de los indígenas y su explotación por los hombres blancos” (2019, p. 156).

Es notorio que, a lo largo de todo el relato, se concentre toda una atmósfera de miseria, la cual surge tanto de la degradación a manos de los extranjeros, como por parte de las condiciones ambientales:

La miseria diezmó a la tribu. Mal guarecida de las intemperies, el frío le echó su vaho letal y fue amortajándola en una neblina blancuzca, espesa. Primero a los niños, que morían sin comprender por qué, con los puñezuelos bien apretados como para guardar la última brizna

de calor. Morían los viejos, acurrucados junto a las cenizas del rescaldo, sin una queja. Las mujeres se escondían para morir, con un último gesto de pudor, igual que en los tiempos felices se habían escondido para dar a luz. (Castellanos, 1989, p. 237)

Cabe destacar que en el relato, pese a ser un narrador – personaje quien nos va contando las peripecias de su población, no podemos evitar escuchar las voces de cada uno de los habitantes, lo cual conllevaría a pensar que el personaje focalizador de la atención de la historia es toda la comunidad de Bolometric. ¿Ellos son la barbarie que se debe eliminar para sentar las bases del progreso? Queda claro que no es así, ellos son los desplazados, los sometidos que, al acudir a la batalla contra los saqueadores, estos últimos son quienes terminan por decantarse como vencedores quedándose con todo lo que, según ellos, les pertenecía por derecho. De lo anterior nace que “La muerte del tigre” se le pueda considerar un relato perteneciente al género de denuncia social al retratar las tragedias que ha vivido este pueblo a través del tiempo.

Son dos aspectos más los que deseo resaltar dentro de este relato, el primero tiene que ver con la intertextualidad que guarda con el cuento de Rulfo, “Nos han dado la tierra”; esto precisamente en la manera en que este sector de pobladores menos favorecido han sido despojados de aquello que les pertenece dejándolos a su suerte. Otro aspecto tiene relación con las brutales condiciones naturales que esta comunidad deberá enfrentar. Mientras que en “Nos han dado la tierra” de Rulfo será el calor quien termine por acabar con las ilusiones de los pobladores:

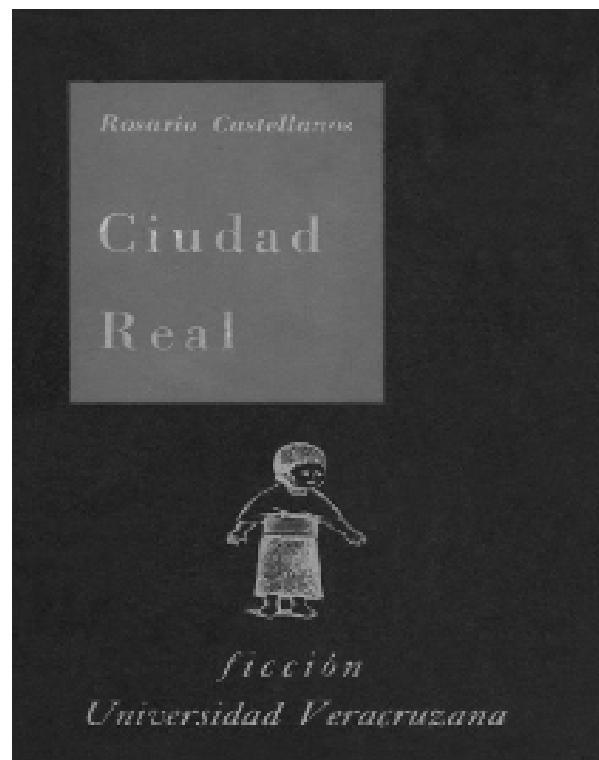
Así nos han dado esta tierra. Y en este comal acalorado quieren que sembremos semillas de algo, para ver si algo retoña y se levanta. Pero nada se levantará de aquí. Ni zopilotes. Uno los ve allá cada y cuando, muy arriba, volando a la carrera; tratando de salir lo más pronto posible de este blanco teregal endurecido, donde nada se mueve y por donde uno camina como reculando. (Rulfo, 1988, p.38)

En el cuento de Rosario Castellanos será el frío el factor que termine por afectarlos:

La única presencia que no se apartó fue la del frío. No abandonaba este reducto del que siempre había sido dueño. A diario, a la misma hora, aunque el sol de los trópicos derritiera las piedras, el frío se desenroscaba en forma de culebra repugnante y recorría el cuerpo de los Bolometric, trabando sus quijadas, sus miembros, en un terrible temblor. Después de su visita, el cuerpo de los Bolometric quedaba como amortecido, se iba encogiendo, poco a poco, para caber en la tumba. (Castellanos, 1989, p.243)

Habría que agregar a la posible influencia de Rulfo, la lectura que Rosario Castellanos hizo de Simone Weil no solo en este relato, sino en todos los cuentos que integran *Ciudad Real*. Sobre la importancia que tendrá la filósofa y activista francesa, la escritora mexicana en su momento señaló:

Simone Weil ofrece, dentro de la vida social, una serie de constantes que determinan la actitud de los sometidos frente a los sometedores, el trato que los poderosos dan a los débiles, y que regresa otra vez a los fuertes. Esta especie de contagio me pareció dolorosa y fascinante. (Carballo, 1986, p. 529)



“La tregua”

En esta narración, Castellanos, construye lo que parecería ser un asesinato injustificado poniendo a prueba aquella dicotomía entre la barbarie y la civilización; no obstante, después de leer y analizar “La muerte del tigre” deberíamos preguntarnos ¿Quién en realidad es parte de esa civilización? ¿Acaso son los bárbaros quienes despojaron de sus tierras a los indígenas?, o bien, ¿son aquellos que los han tomado en contra de su voluntad con el propósito de matarlos de fatiga al trabajar? ¿O aquellos que se defienden de los malos tratos y abusos cometidos por los extranjeros? Visto de este modo parecería ser que los indígenas son más civilizados que los ladinos al defender lo que debería corresponderles; esto sin alcanzar la brutalidad de los extranjeros. No obstante, sin llegar a romantizar la situación, en “La tregua”, Castellanos logra proponer un tratamiento de la violencia sin tapujos.

En lo que respecta a los personajes, encontraremos como figura focalizadora de la atención a este hombre blanco o *caxlán*, que para los indios representará un pukuj (“un espíritu”); será su presencia la que altere al personaje femenino de Rominka Pérez Taquibequet:

Rominka se detuvo ante él, paralizada de sorpresa. Por la blancura (¿o era una extrema palidez?) de su rostro, bien se conocía que el extraño era un caxlán. ¿Pero por cuáles caminos llegó? ¿Qué buscaba en sitio tan remoto? Ahora, con sus manos largas y finas, en las que se había ensañado la intemperie, hacía ademanes que Rominka no lograba interpretar. (Castellanos, 1989, p. 244)

Es en este punto donde se vinculan lo que parecería ser dos temporalidades. La primera aborda el tiempo presente con las escenas ya citadas. La segunda una temporalidad interna en Rominka, mediante la cual se evoca la narración de los ancianos:

Antes, cuentan los ancianos memoriosos, unos hombres malcontentos con la sujeción a que el pukuj los sometía, idearon el modo de arrebatarle su fuerza. En una red juntaron posol, semillas, huevos. Los depositaron a la entrada de la cueva donde el pukuj duerme. Y cerca de los bastimentos quedó un garrafón de posh, de

aguardiente. Cuando el pukuj cayó dormido, con los miembros flojos por la borrachera, los hombres se abalanzaron sobre él y lo ataron de pies y manos con gruesas sogas. Los alaridos del prisionero hacían temblar la raíz de los montes. Amenazas, promesas, nada le consiguió la libertad. Hasta que uno de los guardianes (por temor, por respeto, ¿quién sabe?) cortó las ligaduras. Desde entonces el pukuj anda suelto y, ya en figura de animal, ya en vestido de ladino, se aparece. Ay de quien lo encuentra. Queda marcado ante la faz de la tribu y para siempre. (Castellanos, 1989, p.245)

Otros aspectos que deseo resaltar del anterior fragmento son: primeramente, el uso de la analepsis para evocar lo que sucedió en el pasado, pero también, como un medio para adelantar lo que le acontecerá a este *caxlán*; es así que por medio de este recurso temporal diegético se posibilita también la prolepsis, es decir, la evocación de uno de los eventos más importantes que habrá de desarrollarse en el futuro: el asesinato del hombre blanco a manos de los indios. El segundo rasgo por destacar es la manera en que, por medio de dicho relato, se termina insertando una forma de metalepsis, ya que las acciones ejecutadas en la narración de los ancianos habrán de tener una continuidad o una repercusión, ya sea por medio de los elementos señalados atrás o bien, por el final que propone la leyenda en la línea temporal presente.

En lo que respecta al uso del lenguaje, pese a que no existen claras muestras que la escritora utilice expresiones meramente indígenas, es evidente que la incomunicación posibilita que el pueblo actúe de dicha forma; sin embargo, lo que sí es evidente en ese breve pero salvaje acto es la denuncia por medio de la cual se presenta las tensiones entre los indígenas y los ladinos:

Pukuj. Por la mala influencia de éste que yacía aquí, a sus pies, las cosechas no eran nunca suficientes, los brujos comían a los rebaños, las enfermedades no los perdonaban. En vano los indios habían intentado congraciarse con su potencia oscura por medio de ofrendas y sacrificios. El pukuj continuaba escogiendo sus víctimas. (Castellanos, 1989, p. 249)

Este fragmento nos trae a la memoria el recuerdo de los primeros españoles que vinieron a despojar

a nuestros antepasados, dejándolos en la ruina y llenos de enfermedades. Como ya se indicaba, Castellanos retrata estos detalles sin temor alguno, no vacilaba en destacar el aspecto cruel de los indígenas; no con el objetivo de representarlos como salvajes o ignorantes, sino como personas comunes que descreen en la palabra, las actitudes y el actuar de los blancos. Un último aspecto que subrayar es el final, el cual nos hace pensar que estas acciones injustas cometidas por los “espíritus malignos” serán repetidas de manera indefinida:

Pero la tregua no fue duradera. Nuevos espíritus malignos infestaron el aire. Y las cosechas de Mukenjá fueron ese año tan escasas como antes. Los brujos, comedores de bestias, comedores de hombres, exigían su alimento. Las enfermedades también los diezmaban. Era preciso volver a matar. (Castellanos, 1989, p.249)

“Aceite guapo”

Líneas atrás se hablaba de la brutalidad como tema central en los relatos y es perceptible que este elemento se brinda de distintas formas, desde una brutalidad meramente física como en el relato anterior por parte de los habitantes: “Entonces la furia se desencadenó. Garrote que golpea, piedra quemachaca el cráneo, machete que cercena los miembros. Las mujeres gritaban [...] Cuando todo hubo concluido los perros se acercaron a lamer la sangre derramada. Más tarde bajaron los zopilotes” (Castellanos, 1989, p. 249). Pero en “Aceite guapo” la brutalidad se origina en el personaje principal, Daniel Castellanos, como parte de la vida; es decir, la brutalidad que sufre su cuerpo ante el paso inminente del tiempo. Pero este es sólo el ápice de algunos aspectos a tratar.

Queda evidenciado que, pese a que el argumento más importante trate de la deuda que deberá pagar Daniel, otra línea igual de destacable será la relación entre él y la iglesia; mejor dicho, entre él y el sacristán Xaw Ramírez Paciencia, quien lejos de socorrerlo o animarle, como debiera ser su labor, termina por provocarle más dudas:

— ¿Para qué gritas, tatik? Ninguno te oye. Daniel escuchó esta aseveración con el mismo escándalo con que se escucha una herejía. El sacristán, el hombre que rezaba la misa de

los santos en el tiempo de su festividad, ¿se atrevía a sostener que los santos no eran más que trozos inertes de madera, sordos, sin luz de inteligencia ni de bondad? (Castellanos, 1989, p.256)

Sin tener ningún tipo de recato, el sacristán no deja de reprocharle dos cosas, la primera tiene que ver con el color de la piel: “Fíjate en la cara de Santa Margarita. Es blanca, es ladina, lo mismo que San Juan, que Santo Tomás, que todos ellos” (Castellanos, 1989, p. 256). Con esta acción, Xaw Ramírez supone una superioridad en cuestión de belleza utilizando el modelo canónico occidental. El segundo reproche tiene relación directa con el lenguaje, donde de nueva cuenta el sacristán reitera la hegemonía del castellano sobre otras lenguas: “Ella habla castilla. ¿Cómo vas a querer que entienda el tzotzil? Daniel quedó atónito. Xaw tenía razón” (Castellanos, 1989, p. 256). Con esta acción se deja en claro que la autora logra crear una visión más que trágica, una propuesta donde impera la intolerancia y la discriminación.

Regresando al problema central que es el lenguaje, el cual genera esas tensiones entre la fe que llega a sentir Daniel y una sensación de angustia, valdría la pena decir que al desdeñar el lenguaje originario, el sacristán desde su ignorancia (de nueva cuenta valdría la pena preguntarse quién es la civilización y quién, la barbarie) consigue negar lo que George Robert Coulthar ha destacado como las aportaciones culturales de la comunidad indígena, específicamente el lenguaje que abarca “la historia, mitología, cantos, poemas y creencias religiosas”(1978, p. 53). Elementos que son parte de un legado histórico y que se encuentran en peligro de extinción, esto en la medida que el castellano ha logrado colocarse como la lengua hegemónica.

Por último, cabe destacar el papel que jugará el “aceite guapo”, el cual no sólo le “dará” la fórmula para hablar con la santa a nuestro personaje principal; también será el objeto que lo lleve a la decadencia física y moral. El alcohol, como en Juan Pérez Jolote, se vuelve un antídoto ante esta pesada vida que deberá llevar el indígena; es la mejor solución ante los problemas que lo invaden, por lo menos esto es lo que este personaje cree, sin embargo, las circunstancias externas son otras y al final del relato sabremos que por este “aceite guapo” Daniel se perderá en un destino oscuro y fatídico:

A la tercera vez que se intoxicó con el licor milagroso los martomas, reunidos en conciliáculo, acordaron despojar de sus responsabilidades a aquella ancianidad sin decoro y arrojarla afrentosamente del templo. Xaw no pudo hacer nada para interponerse y Daniel durmió su última borrachera a campo raso. Una inconsciencia piadosa lo envolvía; durante algunas horas más el miedo no le enfriaría las entrañas; no le haría huir sin rumbo de un perseguidor desconocido y de un destino inexorable. (Castellanos, 1989, p.257)

Sobre esto sólo deseo apuntar que Castellanos refleja fielmente lo que podrían considerarse puntos censurables o ciegos en manos de otros autores, esto por describir tanto la infelicidad, la embriaguez y las preocupaciones del indio, como la antipatía, la discriminación y la supuesta superioridad por parte de los ladinos o extranjeros, especialmente en los miembros de la iglesia, quien terminan siendo un factor más para que el protagonista sucumba ante la terrible realidad.

“La suerte de Teodoro Méndez Acubal”

Como en líneas anteriores, una marca para tener en cuenta es el título, el cual se puede relacionar fácilmente con las acciones que habrán de desarrollarse de dos modos diversos. El primero por la polisemia o las diversas interpretaciones posibles y, en segundo lugar, por el anclaje que va a tener con el evento que desencadenará el conflicto de la narración. En cuanto a la polisemia, el título alude a un suceso afortunado, pero esta connotación se invierte en el personaje principal, lo que añade una capa de complejidad al significado. Es de este modo que podemos decir que el título funciona como una suerte de fenómeno irónico que habrá de sufrir el protagonista Teodoro Méndez. Otra posible interpretación que nos ofrece el título es una epifanía, donde se vuelve a concentrar la fuerza del relato. En lo que toca al anclaje, precisamente será esa suerte que adquiere Teodoro al encontrarse una moneda la que lo llevará a un destino miserable, producto del rencor infundado por Don Agustín Velasco; con esto Rosario Castellanos logra otorgarle un valor extra a la narración pues muestra la discriminación que viven los indígenas y el odio infundado que sienten los ladinos por ellos.

Además de las temáticas aludidas, habría que destacar otras actitudes más que se reflejan en el relato. El primero de ellas es la actitud egoísta de Teodoro, quien se niega a revelarle a su familia el descubrimiento que hizo, con esto reitera la posición de la autora de mostrarnos al indígena con sus virtudes y defectos, con sus actitudes benevolentes y hurañas. Este silencio que guardará Teodosio lo llevará a la desgracia, siendo de este modo que se presente la segunda actitud crítica: el odio infundado. Como ya se señalaba, el personaje de Don Agustín será quien porte dicho sentimiento a tal grado que deseará asesinar a Teodoro:

Aquí estaba ya el verdugo, con el pie a punto de avanzar, con los dedos hurgando entre los pliegues del cinturón, prontos a extraer quién sabe qué instrumento de exterminio. Don Agustín tenía empuñada la pistola, pero no era capaz de dispararla. Gritó pidiendo socorro a los gendarmes. (Castellanos, 1989, p. 264)

Sin embargo, este personaje no será el único que contenga dicho sentimiento, toda una colectividad, como lo es el pueblo y los oficiales, sentirán lo mismo. Aprovechando que se ha mencionado a estos grupos, es necesario destacar el final de la narración pues posibilita que esta narración pueda ser catalogada como realista, esto al reiterar la situación de Teodoro ya encarcelado:

Cuando la moneda de plata apareció entre los pliegues de su faja, un alarido de triunfo enardecía a la multitud. Don Agustín hacía ademanes vehementes mostrando la moneda. Los gritos le hinchaban el cuello [...] Teodoro Méndez Acubal fue llevado a la cárcel. Como la acusación que pesaba sobre él era muy común, ninguno de los funcionarios se dio prisa por conocer la causa. El expediente se volvió amarillo en los estantes de la delegación. (Castellanos, 1989, p. 264)

Ante todo, Rosario Castellanos, apuesta por la denuncia en distintos niveles. En este caso se dirige a los funcionarios corruptos, quienes poco les interesa la situación de los indígenas y que, seguramente, como Don Agustín tienen un odio infundado por esta comunidad. Si bien es cierto que el final no podría entenderse como un final clásico, moderno o posmoderno, sino preliterario pues “hay sólo una historia y, por tanto, solo un final” (Zavala,

2007, p. 137). El final tiene importancia en la medida en que este se convierte en una forma de expresar la nula importancia que tienen los indígenas dentro de la sociedad, su papel pareciera ser más de una plaga que debe ser exterminada con premura.

“Modesta Gómez”

Pareciera ser que ese odio se expande y se presenta en distintas formas en las narraciones de *Ciudad Real* y en el caso de “Modesta Gómez” (a mi juicio la mejor narración del libro), este sentimiento llega acompañado del dolor, de la desilusión y de la angustia que deberá sufrir el personaje principal. Antes de iniciar el examen, es prudente destacar que son pocas las ocasiones en que aparecen, en este libro, los personajes femeninos como actores principales; si bien en “La tregua”, Rominka se vuelve fundamental para el desarrollo de las acciones, ella no es el personaje principal. En este caso el peso de la historia recae en una mujer indígena y esto hace que la narración adquiera doble importancia, tanto por la condición social de este personaje, como por la condición genérica del mismo.

Como bien lo ha destacado Schwartz: “En *Ciudad Real* sobresale la figura de Modesta Gómez [protagonista del relato homónimo]... Ella es ejemplo de una de las tantas injusticias que sufre la raza sojuzgada” (1984, pp. 93 – 94). Y es que sin proponer otros recursos más, encontraremos distintos aspectos a destacar en la personalidad de Modesta. En lo que respecta al conflicto exterior, tenemos que el personaje de Modesta (quien es el centro focalizador de la atención) se antepone a los personajes secundarios y es que, si bien ella es la que se encarga de socorrer a Jorge durante su infancia, después de la violación se vuelve un estorbo para toda la familia de ladinos y deberá dejar al “niño”, pues ella ha sido la que atentó contra la integridad de toda la familia.

En lo que respecta a la evolución psicológica del personaje, notamos a groso modo cuatro fases. La primera es en la niñez, cuando es abandonada y comienza por entender lo difícil que será su vida; la segunda es en la juventud cuando es violentada y humillada por la familia; la tercera es cuando se “junta” con Alberto quien sólo le acarrea infortunios; por último (y la que termina revelando la etapa final en la psique dañada de Modesta), es cuando se vuelve una atajadora. En el momento justo

cuando captura a una ladrona, será cuando la mujer estalle y saque toda su rabia y rencor, como si de alguna manera todos estos momentos llenos de violencia y humillaciones que ha pasado la hubieran transformado en otro ente repleto de brutalidad:

De un modo automático, lo mismo que un animal mucho tiempo adiestrado en la persecución, Modesta se lanzó hacia la fugitiva. Al darle alcance la asíó de la falda y ambas rodaron por tierra. Modesta luchó hasta quedar encima de la otra. Le jaló las trenzas, le golpeó las mejillas, le clavó las uñas en las orejas. ¡Más fuerte! ¡Más fuerte! ¡India desgraciada, me lo tenés que pagar todo junto! La india se retorcía de dolor; diez hilillos de sangre le escurrieron de los lóbulos hasta la nuca. (Castellanos, 1989, p. 272)

Pareciera ser que, con esta acción, Modesta no sólo purgara todas sus emociones; también esto, bien podría hablarnos de un deseo por asesinar una parte de sí, inclusive, podría ser un asesinato simbólico, esto porque todo apunta a una posible “encarnación” en la figura de la ladrona de Modesta, de ahí que se aferre al propósito de asesinar a esta persona; más que tratar de detenerla.

“El advenimiento del águila”

En esta narración se nos muestra la manera en que un personaje como lo es Héctor Villafuerte, representa la ambición encarnada, esto en la medida en que estafa a todos los habitantes de la ciudad. Tras pasar por una infancia, donde según se indica, era un desastre en la escuela y menos que brillante, elige la vida de cualquier pillastre: bebe, juega, busca mujeres, etc. Pese a que sufrirá desgracias en su vida, como lo es la muerte de su madre y de sus esposas, también la vida (quizá por la condición social de sus antepasados) de alguna forma extraña lo recompensará siendo secretario municipal en el pueblo de Tenejapa. Pese al título, el cargo en la práctica es de menor importancia, pero Héctor se las arregla para cometer tropelías.

Héctor aprovecha que la comunidad se ha quedado sin sello para cobrarles a los indios una cantidad exagerada, la cual se acrecentará al paso del tiempo. La importancia que tienen estos hechos resalta la codicia de este ladino pese al valor nimio del sello y es en este punto donde Héctor utilizará

su inteligencia para enajenar a los indios e inclusive para exigirles algo que él nunca ha hecho como lo es trabajar:

Me desmandé en pedir tanto dinero. ¡Dónde lo van a conseguir estos infelices! Y ultimadamente, a mí qué me importa. Que trabajen, que se enganchen para ir a las fincas de la costa, que pidan prestado, que desentierren sus ollas con pisto. No soy yo el que les va a tener lástima, ¡qué moler! Como si yo no supiera que para pagar a un brujo o para celebrar una fiesta de sus santos no les duele botar montones de pesos. Para la iglesia sí, muy garbosos: misa de tres padres, jubileo. ¿Por qué el Gobierno ha de ser menos? (Castellanos, 1989, p. 280)

Al final Héctor consigue su tesoro y con él se dirige a Ciudad Real para comprar el sello y demás cosas que a él le interesan, especialmente el trago; además de esto, consigue fundar una tienda con la cual acrecienta su capital, obteniendo una nueva esposa más joven quien se somete a la palabra de Héctor y cabe destacar, que todo esto lo hace sin dejar su puesto de secretario.

Es inevitable, de nueva cuenta, analizar la personalidad del protagonista, esto en la medida en que este ente termina por ser el beneficiado de todos estos negocios sucios. Primeramente, llama la atención que no exista una evolución moral en tal sujeto, de hecho, se mantiene como un personaje arquetípico que ante todo representa la ambición. En segundo lugar, el personaje no presenta un conflicto interior entre sus acciones y sus pensamientos, más bien, es un personaje frío y calculador que aprovecha cualquier oportunidad para sacar beneficios. Por último, y tomando como base el título de la historia, tenemos en Héctor esa águila que como bien se describe en la parte inicial del relato, asemeja a un ave de rapiña buscando alguna víctima: "los ojos juntos, la frente huidiza, las cejas rasgadas. Una planta de hombre audaz. Piernas abiertas y bien firmes, hombros macizos, caderas hechas como para sostener un arma" (Castellanos, 1989, p. 273).

La postura que toma la escritora en el relato es particular, pues de nueva cuenta no espera llenarnos la mirada por medio de un final feliz, más bien termina por reflejar la realidad de varias entidades (traspasando su mero objeto de estudio), mostrándonos una cuestión de superioridad entre



blancos e indígenas. Si bien la suerte que corre su protagonista por momentos se puede percibir como irreal, lo cierto es que la narradora pone algo de destino aciago en la historia. Un último punto que destacar es la manera en que la modalidad, en cuestión de género, se acerca entre lo trágico, lo irónico, lo realista y como se ha venido apuntando, hacia la denuncia social.

Conclusiones

A lo largo de este ensayo hemos remarcado la importancia que tiene la denuncia social en torno a la vida de los indígenas y sus relaciones con los ladinos, pero esto es sólo un aspecto más a tomar en cuenta. Otros de los elementos destacados son las relaciones intertextuales con los narradores de su propia generación o de otras naciones, principalmente por la manera de construir un espacio basado en la realidad con tintes ficcionales. De igual forma, es destacable como Castellanos proveía a sus personajes de un carácter feroz, pero a su vez de una angustia y una melancolía que, retomando el tema de los vínculos intertextuales, bien podrían tener conexión indirecta con los personajes de Juan Carlos Onetti o de William Faulkner.

Si bien es cierto que los relatos de *Ciudad Real* no poseen grandes innovaciones técnicas como exige el cuento moderno y posmoderno, lo que sí contienen es, como ya se ha insistido, una denuncia social y un especial sentido de tensión entre las acciones que habrán de acontecer y los finales; sobre este punto, será a través de los cierres, los cuales contienen epifanías clásicas, que logre crear un lazo sentimental y reflexivo entre los personajes y los lectores. Otro elemento por destacar, que si bien no estará en todos los relatos, es la presencia de una mitología o leyendas que se incorporan a un contexto temporal actual, esto por medio de los juegos y conexiones entre los protagonistas y sus acciones.

Queda claro que *Ciudad Real* logra varios propósitos que van desde mostrar la vida de los indígenas desde distintos puntos, pasando a exponer las dificultades que padecen estos personajes, hasta destacar la lucha por la supervivencia de la comunidad indígena y el lugar que ocupa dentro de una sociedad mayoritariamente blanca, entre otros puntos más. Es así como Castellanos consigue alcanzar aquello que señalaba en sus *Juicios sumarios*: una obra que abarca como tema central la denuncia social, pero sin descuidar lo literario.

Fuentes

- Albourek, Aarón y Herrera Esther (1998). *Diccionario de escritores hispanoamericanos del siglo XVI al siglo XX*. Ediciones Larousse.
- Avila, Felipe Arturo (2025). *Rosario Castellanos*. Secretaría de Cultura/ Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.
- Brushwood, John (1987). *Méjico en su novela*. Fondo de Cultura Económica.
- Calderón, Mario (2019). “Rosario Castellanos y el indigenismo en los cuentos *Ciudad Real*”. *Graffylia, Revista De La Facultad De Filosofía Y Letras*, 3(6), 154–163.
- Carballo, Emmanuel (1986). *Protagonistas de la literatura mexicana*. Ediciones del ermitaño/ Secretaría de Educación Pública.
- Castellanos, Rosario (1989). *Obras I. Narrativa*. Fondo de Cultura Económica.
- Castellanos, Rosario (1998). *Obras II. Poesía, teatro y ensayo*. Fondo de Cultura Económica.
- Coulthard, George (1978). “La pluralidad cultural”. *América latina en su literatura*. Siglo XXI editores, 53 -72.
- Fiscal, María Rosa (1980). *La imagen de la mujer en la narrativa de Rosario Castellanos*. UNAM.
- Gómez Gleason, Teresa (1997). “Rosario Castellanos”. *Escritoras mexicanas vistas por escritoras mexicanas*. Departamento de Lenguas Modernas e Instituto de Estudios Étnicos de la Universidad de Nebraska – Lincoln, 43-54.
- Huttinger, Christine y Domínguez, María Luisa (2015). “Rosario Castellanos: La voz de los sin voz”. *Tiempo y escritura*, 28, 86-97.
- Martínez, José Luis (2001). *Literatura mexicana siglo XX. 1910 – 1949*. CONACULTA.
- Monsiváis, Carlos (2011). *La cultura mexicana en el siglo XX*. El Colegio de México.
- Palley, Julián (1985). *Meditación en el umbral. Antología poética. Rosario Castellanos*. Fondo de Cultura Económica.
- Revueltas, Eugenia (1985). *La narrativa contemporánea I*. Promexa.
- Rulfo, Juan (1988). *Antología personal*. Ediciones Era.
- Schwartz, Perla (1984). *Rosario Castellanos. Mujer que supo latín...* Katún.
- Sommers, Joseph (1981). “El ciclo de Chiapas: nueva corriente literaria”. *La crítica de la novela mexicana contemporánea*, UNAM, 246 – 461.
- Yáñez, Agustín (1985). “Meditaciones sobre el alma indígena”. *El ensayo siglos: XIX y XX*, Promexa, 417-426.
- Zamudio, Luz Elena Y Margarita, Tapia (2006). *Rosario Castellanos. De Comitán a Jerusalén*. México: Tecnológico de Monterrey, Universidad Autónoma del Estado de México, Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Zavala, Lauro (2007). *Manual de análisis narrativo. Literario, cinematográfico e intertextual*. Trillas.
- Zavala, Lauro (2009). *Cómo estudiar el cuento. Teoría, historia, análisis, enseñanza*. Trillas.